

LA DEPRESION DEL 2000

por Dr. John Keckeissen

Vamos al barranco. Después de varios años de recesión, ni desviada ni suavizada, parece que nuestra economía no se desliza hacia otra ruta sino la de echarse al abismo. Hemos hecho prácticamente NADA para reorientarla hacia la prosperidad y el progreso.

No es tanto la política del nuevo gobierno. La verdad es que los programas económicos de los políticos nunca sirven. Y seguramente las políticas actuales. Mejor no tener ninguna política, y dejar que nuestra gente que conoce sus cosas mucho mejor que los dirigentes en la cúpula las arreglen con su propia experimentada sabiduría. No nos hacen falta políticas; únicamente debemos deshacer las antiguas políticas que nos siguen sumergiendo en estos barrancos de estancamiento.

¿Cómo salir de la recesión? Hay pocas reglas, y lástima que si no las conocemos, no podríamos ponerlas en práctica.

La primera e indispensable es eliminar o al menos bajar los impuestos más nocivos, los que como anclas nos tiran por abajo. ¿Hemos tratado de hacer eso?

De ninguna manera. Todo parece al contrario. Hemos esforzado la SAT, la nueva policía fiscal, organizada para tener una efectividad mil veces mejor que antes, cuyas maniobras pretenden el desembolso y el encarcelamiento de miles de ciudadanos que se esfuerzan en la comunidad, y que ya ha formado sus escuadrones de guerra. Nuevos deliciosos (para los políticos) impuestos están en el aire, sea para enriquecer a la gente constructora, o para evitar que la gente tenga que pagar sus cuentas de electricidad, o seguramente para subsidiar a los viajeros urbanos que no se interesan en pagar sus peajes, y sin duda otros para financiar los mil expendios de comida que se venderá más barata que lo es producirla, y para alfabetizar los analfabetos crónicos después de 500 años de millonarios fracasos. El ejecutivo y el congreso y los juzgados siguen llenos de nuevas prestaciones y nuevas ideas costosas, unas ya propuestas y otras para presentar, para aumentar el monto del tributo que el pueblo deberá ofrecer al nuevo régimen, como la que pretende plagiar y controlar las compras en el mercado, bajo la ideología que nuestras amas de casa son tan imbéciles que necesitan servicio social para perfeccionar su regateo acostumbrado.

Nadie ha dado mínima cuenta de que la puerta dorada que abre hacia la prosperidad se entra por la reducción y eliminación de los impuestos; al contrario, siempre las nuevas exacciones crecen en variedad y monto. El ejemplo de Calvin Coolidge siempre está a la mano. Como presidente de los Estados Unidos en los años 20, cuatro veces hizo bajar los impuestos y por eso promovió una prosperidad hasta aquel entonces inaudita. Bajemos los impuestos.

La segunda regla de prosperidad es también indispensable, y aquí estamos fracasando como de siempre. Consiste en dejar que las tasas de interés se autorregulan, sin la mano fracasadora del estado. La tasa de interés resulta de la decisión del pueblo de ahorrar mas o menos de sus ingresos en lugar de gastarlos. Depende de la cantidad de estos ahorros (lea: sacrificios) el nivel de la inversión productiva. En Guatemala los ahorros, los pocos con que contamos, han sido desviados de su propia función por múltiples intervenciones contraproducentes. El gobierno, tanto Finanzas, como el Banco de Guatemala, sigue chupando la crema de los fondos nacionales disponibles, desviándolos a una infinidad de utopías inalcanzables o idiosincrasias de poco importe, como programas de ayuda que requieren sofisticación, pero que carecen la necesaria base de capital real o humano o la empresarialidad efectiva, que es el catalizador de éxito; como tantas iniciativas que lucen altos costos con escaso beneficio. El déficit

nacional sigue siendo un escándalo, tributo a la ineptitud de los congresos del pasado, y ha resultado en una deuda nacional casi infinitizada, cargada con el peso de intereses onerosos. El nuevo gobierno trató de quemar algo de grasa en los ministerios, pero ni intentó de tocar las gruesas burocracias educativas y de salud. El encaje bancario, que hasta el momento ningún teórico del país ha justificado, sigue siendo la razón por la cual los reportos (que pagan lujosos intereses) están devorando diariamente los fondos que de otra manera hubiera sido destinados a la prosperidad. Y lo poco de capital que queda hemos invertido en torres y shoppings que promueven mas gastos efímeros que bienestar duradero. Todo eso chupa y seca las fuentes de ahorros de nuestra sociedad y hace que no quedan disponibles los fondos

indispensables para bajar las tasas de interés a un nivel que podría conducir hacia nueva inversión, empleo y prosperidad. Y no se ve la salida más adelante. La máquina chupadora está secando todo.

La tercera salida de las recesiones, también infalible, es reducir los

costos. Tanto los costos como los precios siguen subiendo a las alturas.

El Banco de Guatemala, continuando sus compras de dólares (para crear la apariencia de un quetzal inmóvil) y dando créditos a empresarios bancarios cuyas deudas grandemente superan a su capital (para rescatarlos del naufragio), está aumentando la existencia de nuestra moneda con tanta energía, que podemos asegurarnos una rica subida de costos y precios en el próximo futuro. Ni hablar de la inflacionarísima propuesta de hacer el gobierno responsable para todas las cuentas legítimas hasta o arriba de Q100,000. Todo esto nada sirve para la protección del consumidor, especialmente debido a que la canasta que pretendemos utilizar para medir la inflación excluye la gran mayoría de los productos que los políticos consumen. Seguramente, esto presagia mal para el ama de casa. Todo va por arriba. Los salarios están decretados a subir en Q82.50 hasta Q125 mensuales. La corriente eléctrica está muy por arriba, hasta el doble de sus costos reales, en conjunto con la gasolina que sigue altísima debido al chantaje de los países de la OPEP. Las medicinas, las comidas, los alquileres, todo va subiendo. El azúcar se salvó de reducción en sus precios únicamente por una cerrada conferencia. Nuestros dirigentes de las tres ramas, con sus asesores de O-29, y los representantes de las NGO's, con sus prestaciones y dietas riquísimas darán la pauta a otros. Y no se da cuenta del efecto de los nuevas alzas en los impuestos. Hay pocos rubros que presagian bajas en los costos; el mejor quizás se refiere a las múltiples quiebras de las empresas demasiado apretadas para poder subir sus salarios al nivel decretado. La manera de crear progreso es bajar los costos y los precios, no subirlos. Al bajar nuestros costos hoy, recuperaremos la prosperidad mañana por la mañana.

Lejos estamos de esta saludable medicina.

Y finalmente, el progreso nace de confianza y optimismo. Estos son factores más psicológicos que económicos, pero los malhechos económicos gravemente afectan el estado de ánimo de los dirigentes de la producción nacional. Nuestros verdaderos inversionistas (no los de los Certibonos y los reportos) parece que hayan desaparecido. Al menos hay confianza de parte de los grupos de derechos humanos que residen fuera del país, y quizás de los exguerrilleros que forman parte de nuestro equipo dirigente, incluyendo también mucha gente que verdaderamente quiere un estado de derecho humano. Pero la gente encargada de la economía del país, que lucha y invierte, toma riesgos, y depende de los vaivenes de la política, está en confusión y desarreglo total. No hay transparencia en muchos rubros que afectan a los que deben asumir el costo de ellos; la subida de los salarios, de la electricidad, y la confusión entre los productos incluidos y excluidos del nuevo Tratado Deliberado de Comercio Regulado (como debería ser llamado) los tienen muy aprensivos. Sólo en el caso del Pacto Fiscal había participación generalizada, pero ese pacto resultará totalmente negativo para la economía. Nada ha sido hecho en reducir los costos del vandalismo (hasta fue una victoria abrumadora para los saqueadores de tiendas y los quemadores de los buses); siguen las puertas abiertas de las cárceles, siguen los atracos a los bancos, la roba de carros, además de las estafas que regularmente se descubren en los ministerios. No hay

confianza, el costo de seguridad sube hacia los cielos, ni aparece luz al final del túnel. Sin confianza, nadie va a invertir en ningún proyecto riesgoso. Toda la inversión va tranquilamente hacia los dólares, CD's, Certibonos, y reportos, y otras inversiones estériles que no promueven el alza de la economía.

Entonces, ¿cuál es el panorama del inmediato futuro? Si no bajamos impuestos, ni permitimos que los saqueadores de los ahorros del pueblo dejen de hacer subir nuestras tasas de interés hasta el cielo, ni dejamos que los costos y precios derrumben para reflejar su verdadero mercado, si no existe un atmósfera de confianza, todo es inútil. Toda política es estéril. Hay desequilibrio microeconómico total. El equilibrio macroeconómico, tan buscado por la banca central, es totalmente insuficiente, si no se acompañe también al correspondiente balance en la esfera empresarial.

Las bolas de nieve en su descenso de las alturas cogen más y más fuerza

hasta que su poder destructor se vuelve total. Así descende nuestra economía con más y más rapidez hasta el barranco final. Allí en la miseria de la desaparición de producción, del desempleo masivo de los recursos ociosos, tanto humanos como físicos, los precios (por falta de poder adquisitivo) y los costos (por falta de producción) bajarán hasta niveles ínfimos. Sólo después de haber caído en ese barranco, la escena coyuntural sería propicia para una recuperación. En ese momento de miseria total, quizás, sólo quizás, daremos cuenta que todas las promesas y políticas no sirvieron por nada y permitiremos que un nuevo mercado libre surja de las cenizas de nuestra deseconomía actual. Este es el pronóstico para Guatemala en el año 2000.